

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUIGALPA: 1.º DE FEBRERO DE 1902

NUM. 13

Párrafos

PODRÁN todos los hombres gozar de las múltiples manifestaciones estéticas; pero la emoción intensa y profunda está reservada únicamente á los artistas que han llegado—á fuerza de sutilizar sus sentimientos—á compenetrarse con el alma misma de la belleza, á crearla con un acto de su voluntad. Este poder de crear—tanto más inapreciable cuanto que es un privilegio que la naturaleza sólo concede á singularísimas personalidades—es el que da á los artistas la superioridad sobre los demás hombres.

Para los que poseen ese don divino, tiene el arte placeres hondos y puros, incomprensibles para la gran mayoría de las gentes, cuyos ojos—ciegos á toda luz interior—sólo pueden admirar, de una manera incompleta, las cosas exteriores que están al alcance de su pensamiento. De aquí la fría indiferencia de las muchedumbres por toda obra que representa un esfuerzo de análisis, una complicada labor de psicología ó una expresión de refinamiento intelectual.

Un espíritu mediocre no podrá jamás comprender todo el sugestivo encanto que hay en el ritmo de un verso perfecto, ni darse cuenta de la milagrosa maravilla del estilo, ni de las imágenes brillantes, ni de la seducción de las ideas. Tampoco podrá sentir—en toda su realidad de pasión—la poderosa influencia de ciertas músicas, ni se entusiasmará ante una estatua de formas supremas ó ante una tela donde el pintor genial dejó su alma en sublime creación de gracia y de prodigio.

Todas estas manifestaciones de belleza no dejarán en él la más leve huella, no le producirán un estremecimiento, ni un escalofrío de placer, ni una nueva vibra-

ción. Gozarán con ellas sus oídos y sus ojos menos que sus otros sentidos con un perfume cualquiera, ó con el sabor de un manjar predilecto, ó con el roce de un cuerpo de mujer; sin que estos placeres tengan para él otro encanto que el de la simple sensación material.

El artista, por el contrario, ha llegado á servirse de su *animalidad* como de un portentoso instrumento, del que obtiene, á su capricho, las más estupendas melodías. Sus sentidos—intensamente refinados—no funcionan sino dirigidos por su pensamiento y por su espíritu, afinándose así su sensibilidad, poblándose su organismo de vibraciones extraordinarias. Por esto, aun en los placeres físicos, goza más ardientemente que los demás hombres, con mayor consciencia del goce, ya que sus sentidos están mejor preparados para recibirlo.

FROILAN TURCIOS

Último ritmo

El sueño del sepulcro no me aterra.
Cuando la palidez de la agonía
cubra mi rostro, acércate, Alma mía,
y con mano sutil mis ojos cierra.

El infinito que tu amor encierra,
pon después al besar mi boca fría,
cual perfume de intensa poesía
que me haga estremecer bajo la tierra.

Haz que el piano solloce una romanza
que nos diga á los dos cuán ilusoria
pasó por nuestras almas la esperanza....

Y al morir llevaré, de cuanto existe,
como errabunda luz en mi memoria,
un pensamiento musical y triste.

FROILAN TURCIOS

Los funerales de Wagner

(EN VENECIA)

El mundo parecía haber disminuido de valor. Stelio Effrena pidió á la viuda de Ricardo Wagner que á los dos jóvenes italianos que una noche de noviembre habían transportado del barco á la ribera al héroe desvanecido, y á cuatro más de sus compañeros, les fuese concedido el honor de transportar el féretro de la estancia mortuoria á la barca, y de la barca al carro. Tanto fué concedido.

Era el 16 de febrero y una hora después del mediodía. Stelio Effrena, Daniel Glauro, Francisco de Lizo, Baltasar Stampa, Fabio Molza y Antimo della Bella, esperaban en el atrio del palacio. El último había llegado de Roma, habiendo obtenido traer consigo dos artesanos, empleados en la obra del Teatro de Apolo, para que llevasen al funeral haces de laureles cogidos en el Janículo.

Esperaban sin hablar y sin mirarse, dominados todos por el latido de sus corazones. Ofase tan sólo sordo rumor de pasos por los peldaños de aquella gran puerta, que en los candelabros del umbral llevaba esculpidas las dos palabras: DOMVS PACIS.

El hombre del remo que había sido querido por el héroe bajó á llamarles. Tenía los ojos abrasados por las lágrimas en aquel rostro viril y fiel.

Stelio Effrena fué delante; los compañeros le siguieron. Subida la escalera entraron en una estancia baja y poco iluminada, donde había un olor triste de bálsamos y de flores. Esperaron algunos instantes. Abrióse la otra puerta. Entraron uno á uno en la estancia contigua. Todos palidiecieron, uno á uno.

El cadáver estaba allí, encerrado en la caja de cristal; y al lado, de pie, se hallaba la mujer del rostro de nieve. La segunda caja, de metal bruñido, brillaba abierta sobre el pavimento.

Los seis portadores se dispusieron ante los restos mortales, esperando una señal. Grandísimo era el silencio y ninguno parpadeaba; pero un dolor impetuoso asaltaba sus almas como una ráfaga, y las sacudía hasta en lo más profundo de sus raíces.

Todos miraban fijos al elegido de la Vida y de la Muerte. Una infinita sonrisa iluminaba la faz del héroe tendido; insuista y distante como el iris de la nieve, como el brillo del mar, como la reverberación de los astros. Los ojos no podían so tenerlo, pero los corazones, con una maravilla con un asombro y con un espanto que los hacía religiosos, creyeron recibir la revelación de un secreto divino.

La mujer del rostro de nieve hizo un leve ademán, permaneciendo rígida en su actitud, como un simulacro.

Movióronse entonces los seis compañeros: hacia el ataúd; tendieron los brazos, recogieron el vigor.

Stelio Effrena colocóse á la cabeza y Daniel Glauro á los pies. Solivieron el peso concordés, á una orden dada en voz baja por el conductor.

Todos sufrieron en los ojos un deslumbramiento, como si de pronto una zona de sol atravesase el cristal. Baltasar Stampa rompió en sollozos. Un mismo nudo apretó todas las gargantas. La caja onduló; después bajó; entró en el envoltorio de metal, como en una armadura.

Los seis compañeros quedaron postrados en torno. Titubearon antes de bajar la tapa, fascinados por la infinita sonrisa. Al oír un rumor ligero, Stelio Effrena alzó los ojos: vió la faz de nieve inclinada hacia el cadáver, aparición sobrehumana del amor y del dolor. El instante fué igual á la eternidad. La mujer desapareció.

Bajada la tapa, volvieron á levantar el peso aumentado. Lo transportaron fuera de la estancia, después por la escalera, con lentitud. Arrebatados por una angustia sublime, en el metal del féretro veían reflejarse sus rostros fraternales.

La barca fúnebre esperaba ante la puerta. Sobre la caja se extendió el paño. Los seis compañeros esperaron con la cabeza descubierta que la familia descendiese. Bajó reunida y apretada. La viuda pasó velada; pero el esplendor de su semblante quedó para siempre en la memoria de los testigos.

El cortejo fué breve. La barca mortuoria iba delante; seguía la viuda con los íntimos; después seguía el pelotón juvenil. El ciclo estaba obscuro sobre la gran vía de agua y de piedra. El silencio era digno de Aquel que había transformado en infinito canto, para la religión de los hombres, las fuerzas del Universo. Una bandada de palomas, partiendo de los mármoles de los Scalzi, con un movimiento relámpagueante, voló sobre el ataúd, atravesando el canal, y enguirnaldo la cúpula verde de San Simeone.

En el desembarcadero, un ejército taciturno de devotos esperaba. Las grandes coronas daban su perfume al aire caenitico. Se oía el agua chocar contra las proas curvadas.

Los seis compañeros sacaron el féretro de la barca y lo llevaron en hombros al carro, que estaba preparado en la vía férrea. Los devotos, aproximándose, depositaron sus coronas sobre el paño. Nadie hablaba.

Entonces avanzaron los dos artesanos con sus haces de laureles traídos del Janículo.

Membrados y fuertes, elegidos entre los más bellos, parecían forjados en el antiguo molde de la estirpe romana. Estaban graves y tranquilos, con la majestad salvaje del Agro en sus ojos con venas de sangre. Sus líneas enérgicas, la frente baja, el pelo corto y crespo, las mandíbulas sólidas, el cuello taurino, recordaban los perfiles consulares. Su actitud, exenta de todo obsequio servil, los hacía dignos del cargo.

Los seis compañeros en competencia, iguales en fervor, cogiendo los ramos de los haces, los esparricieron sobre el féretro del héroe.

Nobilísimos eran aquellos laureles latinos, cortados en la seiva de la colina donde en tiempos remotos descendían las águilas á llevar los presagios, donde en tiempos recientes y sin embargo fabulosos, tantos ríos de sangre vertieron por la belleza de Italia los legionarios del Libertador. Tenían los ramos derechos, robustos, oscuros, las hojas duras, fuertemente enclavadas, con los

bordes ásperos, verdes como el bronce de las fuentes, ricos de un aroma triunfal.

Y viajaron hacia la colina bávara, aun adormecida en el hielo; mientras los troncos insignes daban ya los nuevos retoños en la luz de Roma, al rumor de las fuentes ocultas.

GABRIEL D'ANNUNZIO

El espiritismo

A LA MEMORIA DE PAULINA

ELLA me decía que cuando muriera saldríamos de la duda respecto á esa doctrina que tantos sectarios tiene. Desde los tiempos primitivos viene imperando en muchas filosofías, y modernamente se ha conquistado gran número de cerebros pensadores. Paulina..... así se llamaba la que fué mi mejor amiga allá en mis buenostiempos, cuando el corazón latía bajo la aurora de los veinte años. ¡Cómo lo recuerdo! Vive en mi memoria como un ángel blanco que mira tristemente, desde los ignotos azules paraísos, los tristes días de mis tormentos.

Una noche Paulina me hablaba del espiritismo, y yo me dejaba llevar como un niño por aquella fantasía luminosa y volandera. Mira, me decía, esos astros; ellos son águilas de luz, que llevan el espíritu por el inmenso camino del Ideal. Iremos juntos navegando con nuestra bandera blanca formada de sueños y esperanzas. Sí, déjate de filosofías corrosivas y bajas; no hay más verdad que el espiritismo. Oye, mi amigo, la cosa es bien sencilla; muere el cuerpo, pero el espíritu se levanta en vuelo sublime, buscando una atmósfera más pura, más radiante, para adaptarse en otra vida más alta y superior. Los sentidos se afinan, se despejan, y vemos el tiempo que rueda á nuestros pies con todos sus misterios y lamentos; seremos como dioses para esta pobre humanidad amasada de envidias y de rencores y encadenada á la región de las sombras por la cadena ardiente de los siete pecados; y después..... y Paulina volaba y más volaba. hasta confundirse con el foco divino del Altísimo, donde se elabora la creación, donde tienen su asiento todos los ideales, todos los pensa-

mientos, todas las esperanzas, todas las misericordias salvadoras.

Una tarde el sol nos miraba tristemente en sus últimas agonías, y me repetía Paulina que ella se iría muy pronto de esta tierra, perdida en los secretos infinitos; pero que volvería á convencerme que la verdad es el espiritismo. Y se fué Paulina. Una noche me decía adiós con una mirada dolorosa, y se dormía la luz en sus pupilas para amanecer en las regiones celestes en forma de una visión espiritual que se pierde en los cielos constelados y misteriosos; y Paulina volvió; que fuera creación de mi fantasía, deseos infinitos de contemplar aquel perfil bellamente idílico, yo no sé; pero apareció á mis ojos entre las ondas plateadas de la luna, una noche que en ella pensaba dulcemente como una esperanza, como un consuelo para tantas amarguras en este sombrío valle de la ciudad doliente.

¿Será verdad?

TIMOTEO MIRALDA

Advenimiento

Ha bajado á mi espíritu doliente
La gloria de tu imagen esperada;
Y con la unción del místico creyente
Va á recibir el alma impenitente
La comunión ideal de tu mirada.

Larga ha sido la noche de mi duelo,
Donde vagué nostálgico y perdido;
Hoy has bajado á mí desde tu cielo
Y alumbras con un rayo de consuelo
Las tristes sombras de mi olvido.

Serás bendita tú, pues que aprendiste
La doctrina de amor del Nazareno;
A mí llegaste á consolar al triste
Y algo en mí mismo de tu ser pusiste,
Puesto que ahora, como tú, soy bueno.

Ungido por el óleo de tu mano,
Siento que resucito á la esperanza;
Espero en tí, y aunque esperara en vano,
Serás tú siempre el ideal lejano
De mis sueños de amor, en lontananza.

Tengo fe en tí, y espero tu venida;
Arden los cirios del altar cubierto:
Y voy á tí, como iba conmovida,
En busca de la Tierra Prometida,
La tribu de Moisés por el desierto.

AUGUSTO C. COELLO

1902.

Vida de campo

Santiago de Chile: 30 de noviembre de 1901.

SEÑOR FROILÁN TURCIGOS.

Tegucigalpa.

Señor:

Leyendo una carta de Ud. á mi compañero de redacción, Augusto Thomson, me propuso este amigo que le enviásemos á Ud. colaboración para su distinguida revista.

El delicado gusto, la aristocracia, la finura que campean en ella—y no podía ser de otro modo bajo la hábil dirección de Ud.—me hicieron aceptar al punto esta grata proposición, que he rechazado otras veces, cuando se me ha hecho en nombre de otras publicaciones.

No sé si mi nombre le sea desconocido; pero si es así, huiégome de trabar relaciones con Ud. por medio de esta carta, en la cual me presento con una *sans façon* envidiable sin duda, y la cual conduce también hasta Ud. mi sincero voto de aplauso por la producción artística con que ha querido favorecernos.

Le incluyo un trabajillo, inédito hasta la fecha, en el cual he procurado coger algún rasgo de nuestra vida campesina, tan sencilla y tan ingenua. Me alegraría que fuera de su agrado.

Tenga á bien, señor, aceptar las seguridades de mi alta y distinguida consideración y estima.

GUILLELMO LABARCA HUBERTSON

El paisaje era muy bonito, y en verdad que el bueno y sencillote de Manuel había tenido acierto para construir su rancho de totora en la vecindad del Peñón.

El faldeo que se extendía delante de la casita se suavizaba para dar lugar al ancho cauce del río, cubierto por enmarañados bosques de culenes y carrizos, en cuyos huecos aparecían grandes piedras blanqueando al pleno sol de vacaciones. Al otro lado, y antes que comenzaran otra vez las colinas, una larga fila de álamos inmóviles rayaba con una recta línea verdusca el fondo negro de los cerros. Más cerca, el río color de plata corría serpenteando y mostraba á trechos la tersa superficie de algún raudal ó las rizadas oltas que originan los pedregales, hasta precipitarse en espumosa cascada desde lo alto de las rocas que forman la

boca-toma del Peñón, con un ruido suave, semejante á lejanos rasgueos de guitarra.

Detrás estaba el corral, rodeado por una pirca de piedra, donde se encerraba por las noches el ganado que durante el día pastaba libremente en la montaña, al cuidado de los perros vigilantes.

Allí fué, frente á la choza y sentado en el suelo, mientras arreglaba unos correones sujetos por un extremo en un horcón de la quinchá, donde me contó una tarde, todo avergonzado y á tropezones, que estaba de novio con la *Filumena*, la hija de ño José el capataz, que vivía allá abajo, en el pueblo.

La quería como un diablo! . . .

Sólo podía verla los domingos, cuando iba á las casas á buscar el socorro; pero esperaba el tiempo de la trasquila no más para llevarla á que el señor cura les echase las bendiciones, porque ño José consentía..... ya le había *hablao* ya.

Desde bien lejos llegaba el penetrante halido de las cabras y ovejas que se veían á la distancia como puntitos blancos trepando por las laderas de los cerros. Una perdiz cantaba en los rastrojos.

Entonces me expliqué los largos aprestos de toda la semana y lo bien plantado que había visto algunos domingos á Manuel.

Los albos pellejos de su montura no se sobrepasaban una línea; los correones, pulidos por él mismo, permanecían graciosamente arrolladitos en su sitio, y un gran lazo trenzado cubría por completo las ancas de su caballo rabicano, enfrenado de plata, al cual manejaba con destreza, ayudado por las enormes espuelas, relucientes de puro limpias, y cuyo alegre tin tin era un remedo de todos los tintines que llevaba adentro.

Por cierto que todo esto, y mucho más, se merecía la *Filumena*, una donosa muchacha, con dos ojos como dos luceros, picaresca y veleidosa como ella sola, que dejaba con la boca abierta á todos los *guainas* del lugar cuando bailaba una cueca bien zapateada en la fonda, con el patróncito de Popeta ó con otro cualquiera.....

Antes que se acabaran las vacaciones fué á pasar una tarde con Manuel, para despedirme y para hacer juntos otr

vez la merienda: leche de cabra, queso, frutas.

Me gustaba hacerlo hablar, que me contara historias en su pintoresco lenguaje campesino; pero ese día estaba preocupado, medio taciturno, y de repente se le pasó el cuchillo con que fabricaba un *pegual* y se cortó un dedo.

—*Carai, ñhor*. Esto pasa por *tar* pensando en otra cosa.

—¿Y en qué piensas, Manuel?

Se puso colorado como un tomate; pero haciendo un esfuerzo concluyó por hablar.

—*Le iré, patrón. On Peirito, el hijo é la hacienda*, anda muy *atracao* á la *Filumena*, y eso *nostá* bien; ¿no es cierto, *pus*, patrón? Los ricos *eben* irse *pa* Santiago; ¿por qué nos vienen á quitar las niñas, pues?

Yo traté de consolarlo y luego me despedí.

El cielo estaba azul; á lo lejos balaban placenteras las ovejas; una bandada de triles pasó gritando para ir á perderse entre los carrizales; el Peñón parecía cantar una tonada bien alegre...

Cuando volví para las otras vacaciones, fuí á hacerle á Manuel mi acostumbrada visita.

Lo encontré lo mismo que siempre, arreglando un correón sujeto á los hocones del rancho, muy tranquilo al parecer: un poco avejentado no más.

Tuvo mucho gusto en verme, según me dijo, y pronto trabamos animada conversación. Le pregunté por Filomena, creyendo que ya sería su mujer.

El rostro se le puso pálido, se le hincho el pecho y no estoy bien seguro si suspiró.

—*Se jué, patrón. Se arrancó pa Santiago...icen que se la llevó on Peirito...*

Y se quedó mirando allá, al otro lado, los álamos inmóviles y los cerros de Chanqueahue, que empezaban á ensombrecer.

La conversación se acabó al tiro.

El cielo estaba azul; en el corral, una oveja recién parida baló lastimeramente, y el zumbido suave del Peñón parecía una tonada triste...

GUILLELMO LABARCA HUBERTSON.

Santiago (Chile).

Shakespeare

SHAKESPEARE ha sido quizás el más inspirado y genial poeta que ha existido; pero su obra de arte no es tampoco la obra para todas las edades. No fué culpa de su genio, sino del espíritu artístico incompleto de su tiempo, dotado únicamente de voluntad, mas no de poder, el haber sido simplemente el *TESPIS DE LA TRAGEDIA DEL PORVENIR*. La misma relación que existía entre el carro (*) de Tespis y el teatro de Esquilo y Sófocles durante el breve período de la florecencia artística en Atenas, existe entre el teatro de Shakespeare y el del porvenir en el inmenso período de la universal florecencia artística del género humano. La conquista aislada de Shakespeare, que hizo de él un hombre universal, un dios, no es otra cosa que la hazaña individual de Beethoven, que le permitió encontrar el lenguaje del artista del porvenir. En esto estriba la razón de que estos dos Prometeos, Shakespeare y Beethoven, se tiendan la mano; de que las creaciones marmóreas de Fidias, llenas de vida y movimiento, parezcan seres de carne y hueso; de que la naturaleza imitada, emancipada del estrecho cuadro colgado en la pared de la habitación de un egoísta, se desenvuelva injuriosa en el vasto cuadro de la escena del porvenir, caldeada por el ambiente de la vida; de aquí dependerá únicamente que el poeta pueda encontrar su rescate, su independencia, en la acción común de todos sus compañeros de arte.

Desde el punto de vista técnico de este arte, la tragedia de Shakespeare tiene sobre la tragedia griega la ventaja de haberse podido sustraer por completo del obligado coro. Con Shakespeare el coro

(*) *TESPIS*. Trágico griego del siglo VI (A. de J. C.), á quien Horacio atribuye la invención de la tragedia. Dícese que desterrado de Atenas porque sus ficciones daban ejemplo pernicioso de mentira, se dedicó á recorrer el Atica con algunos actores en un carro que les servía de teatro, semejante al que describe Cervantes en la aventura del carro de las Cortes de la Muerte en el *Quijote*.

se disgrega en individualidades abstractas que toman en la acción una parte personal, obrando de acuerdo con el protagonista, completamente por su cuenta y con idéntica necesidad individual de sentimiento y de situación; pero aun su aparente subordinación dentro del artístico marco de la obra, resulta sencillamente de los puntos de contacto más ó menos relacionados con el personaje principal; nunca de cierta indiferencia (técnica, como es consiguiente) de los personajes accesorios, porque donde quiera que un personaje, el más insignificante, toma una parte directa en la acción principal, se expresa en absoluto con la amplitud de su juicio personal, libre y característico.

RICARDO WAGNER

Espíritu y forma

No conocéis el íntimo combate que el pensamiento con la forma libra, cuando busca la fuerza que equilibra el módulo y la viscera que late?

Un lazo oculto que las sombras ate con la luz y el color, la interna fibra en la palabra que armoniosa vibra y que á la vez suspenda y arrebate.

¡Oh! cuán ardua y penosa es la tarea del que tiene el aliento que transforma á la materia inerte en Galatea.

Y el más alto ideal busca por norma; que cuamorado siempre de la idea, persigue en vano la rebelde forma!

FRANCISCO A. DE ICAZA

Sentimentalismo

EN una noche de primavera, dos jóvenes distinguidos, Luciana de Emery y el conde Maximiliano de W***, estaban sentados bajo los grandes árboles de una avenida de los Campos Elíseos.

Luciana es esa bella dama adornada siempre con tocas negras, cuyo rostro tiene una palidez de mármol y cuya historia es desconocida.

Maximiliano, del cual hemos sabido el fin trágico, era un poeta de talento maravilloso. Además era gallardo y de

maneras perfectas. Reflejaba la luz intelectual en sus ojos encantadores, pero, como las pederías, un poco fríos.

La intimidad de ellos databa hacia seis meses.

Aquella noche, pues, miraban en silencio las vagas siluetas de los coches, los árboles y á los paseantes.

De pronto la señora Emery tomó dulcemente la mano de su amante.

—No os parece, amigo mío—le dijo—que agitados sin cesar por impresiones artificiales y, por así decirlo, abstractas, los grandes artistas como vos, acaban por embotar en ellas la facultad de sentir REALMENTE los tormentos ó las voluptuosidades que les son concedidas por la suerte? Por lo menos, vosotros traducís con un fastidio, que os hará pasar por insensibles, los sentimientos personales que la vida os pone en situación de experimentar. Parece entonces, al ver la fría medida de vuestros movimientos, que no palpitaís más que por cortesía. El arte, sin duda, os persigue con una preocupación constante hasta en el amor y en el dolor. A fuerza de analizar las complejidades de esos mismos sentimientos, teméis siempre no ser perfectos en vuestras manifestaciones, no es así?.....de carecer de exactitud al mostrar vuestra turbación. Y podríais deshaceros de esa segunda intención. Ella paraliza en vosotros los mejores arrebatos y adultera toda expansión natural. Diríase que—príncipes de otro universo—una multitud invisible os rodea sin descanso, pronta á la crítica ó la ovación.

—Cuando una felicidad ó una desgracia os llega, lo que despierta en vosotros en seguida, aun antes de que vuestro espíritu se haya dado cuenta cabal de ella, es el obscuro deseo de ir en busca de algún comediante especial para preguntarle cuáles son los gestos convenientes *por los cuales debéis dejaros transportar* en tal circunstancia. ¿Conducirá el arte al endurecimiento? Esto me inquieta.

—Luciana—respondió el conde—le conocido á cierto cantante que, junto al lecho de su prometida, y oyendo á la hermana de ella estallar en sollozos convulsivos, no podía prescindir, á pesar de su aflicción, de notar los defectos de emisión

vocal que podían señalarse en esos sollozos, y pensaba vagamente en ejercicios aptos á darles "más cuerpo." ¿Os parece mal esto?... Sin embargo, nuestro cantante murió por esta separación, y la sobreviviente se quitó el luto el día justo que prescribe el uso.

La señora de Emery miró á Maximiliano

—Al escucharos—dijo—sería difícil precisar en qué consiste la sensibilidad verdadera y en qué signos puede reconocérsela.

—Yo bien quisiera disipar vuestras dudas á este respecto—respondió sonriendo el señor de W***. Pero los términos técnicos, son desagradables, y temo....

—Soldadlos, pues.....Tengo mi ramillete de violetas de Parma, vos tenéis vuestro cigarro: os escucho.

—Y bien, pues! Obedezco—replicó Maximiliano.—¿Las fibras cerebrales afectadas por las sensaciones de alegría ó de pena, parecen decir, como distendidas en el artista, por esos excesos de emociones intelectuales que necesita cada día el culto del arte? Pues yo no creo sino sublimadas, al contrario, esas misteriosas fibras! ¿Parecen los otros hombres favorecidos por aptitudes, de ternura, mejor acondicionadas; de pasiones francas, más serenas, en fin? Os afirmo que la tranquilidad de sus organismos, todavía algo oscurecida por el instinto, les obliga á darnos, en vez de supremas expresiones de sentimientos, sólo simples desbordos de armalidad.

"Sostengo que sus corazones y sus cerebros están dañados por los centros nerviosos, que sumidos en una torpeza habitual, tienen vibraciones infinitamente menos numerosas y más sordas que las nuestras. Diríase que se apresuran á evaporar en clamores sus impresiones, no más que para darse ellos mismos una ilusión, ó para justificarse, anticipadamente, de la inercia en que se sabe bien se sumirán de nuevo.

"Esas naturalezas sin ecos son las que el mundo llama "personas de carácter"—seres de corazones violentos y nulos. Cese- mos de ser engañados por la matidez de sus gritos. Ostentar su debilidad con la secreta esperanza de comunicar el con-

tagio, á fin de participar—ficticiamente, al menos, para ellos mismos—de la emoción real que se llega á suscitar en algunos—gracias á este obscuro fingimiento,—eso es sólo propio de seres imperfectos.

"¿En nombre de qué derechos reales pretenden decretar que todas esas agitaciones, de la más dudosa aleación, son de rigor en la expresión de los sufrimientos ó en las embriagueces de la vida, y á tasar de insensibilidad á los que por pudor se abstienen de ello? ¿Refleja acaso un diamante en bruto mejor la luz que un brillante bien tallado, donde penetra la esencia misma de ella? En verdad, las y los que se dejan conmovir por la crudeza de las expresiones son de tal naturaleza, que prefieren los ruidos confusos á las profundas melodías: he ahí todo.

—Perdón, Maximiliano—interrumpió la señora de Emery:—escucho vuestro análisis, un poco sutil, con una admiración sincera....pero ¿seríais bastante amable para decirme qué hora ha sonado?

—Las diez, Luciana—respondió el joven—mirando su reloj á la luz del cigarro.

—Oh! Bien.—Continuad.

—¿Por qué esta inquietud rara á propósito de una hora que pasa?

—Porque es la última de nuestro amor, amigo mío!—contestó Luciana.—He aceptado del señor Rostanges una cita para las once y media, esta noche. He diferido hasta el postrer momento hacérselo conocer....Perdonadme.

Si el conde, á estas palabras, se puso pálido, la obscuridad protectora veló esa muestra de emoción; ningún estremecimiento denunció lo que debía sentir su ser en aquel instante.

—Ah!—dijo con un acento igual y armonioso—es uno de los jóvenes más correctos y merece vuestro afecto. Recibid, pues, mis adicciones, querida Luciana—agregó él.

Tomó la mano de su querida y la besó.

—¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir?—le respondió Luciana, sonriente, aunque un poco cortada.—Rostanges no es más que un capricho irresistible. Y ahora—agregó después de un silencio rápido—continuad, mi amigo, os lo ruego. Quisiera saber, antes de separarnos, lo que da derecho á los artistas para desde-

ñar tanto la manera de los demás hombres.

Transcurrió un momento, terrible, mudo, entre los dos amantes.

—Nosotros sentimos, en una palabra, las sensaciones ordinarias—prosiguió Maximiliano—con la misma intensidad que cualquier otro.—Sí, el hecho natural, *instintivo*, de una sensación, nosotros la experimentamos físicamente como todo el mundo. Pero es sólo en el *primer instante* cuando la sentimos de esa manera humana.

“Es casi la imposibilidad de manifestar sus *prolongamientos* inmediatos en nosotros lo que nos hace aparecer, por lo común, como paralizados en muchas circunstancias. En el tiempo en que los otros han llegado ya á olvidar dicha sensación, por falta de vitalidad suficiente, en nuestro ser ella se agranda como los rumores de las olas á medida que uno se aproxima al mar. Son las percepciones de esos prolongamientos ocultos, de esas infinitas y maravillosas vibraciones, las que vienen á determinar la superioridad de nuestro temperamento. De ahí esas discordancias aparentes entre los pensamientos y las actitudes, cuando uno de nosotros, por ejemplo, trata de traducir, á la manera de la generalidad de las gentes, lo que siente. Pensad cuánta distancia nos separa de aquellas edades primitivas del Sentimiento, desde mucho tiempo hace perdidas en el fondo de nuestro espíritu! La atonía del sonido de la voz, la anomalía del gesto, el rebuscamiento de nuestras palabras, todo está en contradicción con las sinceridades corrientes y con las banalidades de lenguaje, adecuadas al modo de sentir de la mayoría de los humanos. Nos creen destemplados; nos consideran de hielo. L mujeres, al observarlo, no vuelven. Se imaginaban, voluntariamente, que, nosotros también, íbamos á bullir, por lo menos algún poco, y á partir al fin para esas mismas “nubes” donde es convenido que se refugian los “poetas,” según la intencionada especie propalada por la Burguesía. Qué asombro el de ellas al ver suceder precisamente lo contrario! El despreciativo horror que les nace, á este descubrimiento, por los que las han infor-

mado de nosotros tan engañosamente, pasa todos los límites, y, si gustáramos de la venganza, aquello nos sería regocijador.

CONDE DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM
(Concluirá)

NOTAS

Saludamos—

respetuosamente al señor Presidente de la República y á su distinguida familia, que ingresaron á esta ciudad el día de ayer.

Reproducciones.—

En los últimos números que de la hermosa revista chilena *Pluma y Lápiz* han llegado á nuestra redacción, hemos visto reproducidos (tomados de este quincenario) los souetos intitulado: *De vuelta y El libro*, de nuestros colaboradores Reina y Coello, respectivamente; y dos trabajos nuestros: *Luciernagas verdes é Intangible*.

Eco de España; relativo á nuestra revista.—

“Si mi opinión tuviera algún valer, se la daría con respecto á su Revista, diciéndole que es merecedora de todo encomio. Es labor literaria querendirá fruto. Y ella seguramente contribuirá á formar el buen gusto en el país. Merece U. aplausos y apoyo de sus conciudadanos.

Yo le ofrezco los míos.”—*Enrique Roger*.

Revista Nueva.—

Se publica en Tegucigalpa, con el nombre de REVISTA NUEVA, un periódico quincenal muy bien dirigido y redactado por Froilán Turcios, joven que escribe elegantemente en prosa y que compone versos con mucha inspiración y arte exquisito.

Diez números lleva publicados la Revista, y todos ellos están nutridos de selecta lectura.

Es una publicación que acredita ventajosamente el buen gusto literario de su director, y que sirve con eficacia á la cultura intelectual de la sociedad hondureña.

“DIARIO DEL SALVADOR”